

Poco á poco
Descolora
Y devora
Su arrebol,
Y así el día
Roba al orbe
Cuando sorbe
Todo el sol.

Queda envuelto
De este punto
Todo junto
En luz igual;
Y en el cárdeno
Horizonte
Sobre el monte
Cardinal,

Giron rojo
Desgarrado
Del cerrado
Pabellón,
Queda suelta
Nube roja
Que acongoja
Al corazón.

Banda torva,
Que tendida
Por la corva
Loma hendida
De las peñas,
Va rasando
Por las breñas
De la cumbre,
Y apagando
Las centellas
De la lumbre
Que da el sol.

Lienzo rojo
Que demuestra
De alto enojo
La siniestra
Señal santa :
Y en pos suya
Se adelanta
Y en pos suya
Se levanta ;
Con él viene,
Con él gira
Cuando nace,
Cuando espira :
Con él hace
Su camino
Matutino
O vespertino
De él perpetuo
Girasol.

Nube hermosa
Que se la Jina
La colina
A trasponer,
Circundando
Su camino
Purpurino
Rosicler.

Nube errante,
Pasajera,
Vagarosa
Dó contempla
Juan Guarino
El destino
Que le espera.
Que espirante
Congojosa
É indecisa
A su labio
La sonrisa
Postrimera
Le arrancó ;
Y el agravio
A su Dios hecho

En el fondo de su pecho
Con su luz iluminó.
Luz postrera
De esperanza,
Que ir ligera
Juan alcanza
Desde el monte,
Su alma ajena
No de pena
Mas de fé.

De la cresta
De la roca
Mas enhiesta
Puesto al pié,
Contemplando
Cual con blando
Movimiento
Surca el viento
Se le ve,
Mientras rota
Informe, vaga,
Su derrotada
Va acertando
Pié tras pié.

Palidece,
Se enrarece,
Se consume,
Desparece...
Ya se sume,
Ya se fue.

Y noche
Sombria,
Tras día
Fugaz,
Aleja
Su alma
De calma
Y solaz.

Y feas,
Y variadas,
Contrarias
Ideas
Están
Su mente
Quemando,
Doblando
Su afán.

Y el cielo,
Y el suelo
Velando
Se va :
La noche
Se cierra ;
La tierra
Pavura
De oscura
Le da.
Y en tanto
Que acude
Al llanto
Quizá,

Cuanto
Existe
Niebla
Triste
Puebla
Ya.

Las sombras
Mas densas
Y estensas
Dó quier,
Sus velos
Desplegan
Y ciegan
El ver.

Y la tierra
Toda inunda
La profunda
Lobreguez ;
Montes, valles
Y collados
Sepultados
A su vez.

Espesas nubes
Que apaña el viento
Al firmamento
Robando van
Su luna pálida ;
Las luces bellas
De sus estrellas
Muertas están.

Y en vez de los ojos
Sirviendo el oído
Ya solo es el ruido
Quien guía los piés,
Al alma infundiendo
Sus vagos rumores
Estraños temores
De mundo que no es.

Y se oye por las peñas
Sonar en las montañas
De fieras y alimañas
Los pasos ó la voz,
Mostrando en sus sonidos
Sus cóncavos gruñidos,
Sus ásperos graznidos
Ya agudos y ya graves
Las fieras y las aves
Su natural feroz.

Y á cada tenue lamento,
A cada salvaje són
De ave ó fiera, de agua ó viento
Se estremece el corazón.
¿ Y quién podrá en tal momento
Dar del desierto razón ?

¿ Quién puede los pasos seguir de Guarino
Por medio tan denso nocturno vapor ?
¿ Quizá entre las peñas perdido el camino
Sepulcro escondido le dió su fragor !
Porque ¿ quién los senos abrir del destino
Podrá, ni del crimen medir el horror ?

¡ Lenta, amarga, terrible es la agonía
Que su remordimiento al hombre da !
Quizá á Guarino al despuntar el día
Sentado en el peñón encontrará
De sí mismo espantado todavía,
Muerto al impulso del dolor quizá.

La noche entretanto se pasa. Sumido
Monte, llano, río, desierto y ciudad
En lóbrega noche, dó quiera dormido
Cobijan al mundo el silencio y la paz.

Ni de hombre ni de fiera, gemido ni lamento
Resuena por los senos de las montañas ya.
Y solo tal vez se oye el susurrar del viento
O el ruido del arroyo que murmurando va.

Rayó el siguiente día
Y la rosada lumbre de la aurora
Tornó á ahuyentar la umbria
Nocturna oscuridad : encantadora
Con nueva juventud, con nueva vida,
Tornó naturaleza
A mostrarse de nuevo enriquecida
Con doblada belleza.
Y el día entraba apenas, cuando á lento
Cansado caminar, por la aspereza
Subia la montaña
Wifredo, y de María á la cabaña
Llamó llegando con pausado acento.
Mas nadie dentro respondió : María
Ausente estaba de ella.
Llamó á la de Guarino,
Mas ¡ay! estaba sola como aquella.
Siguló el conde á la altura
Subiendo. Desde allí se descubria
Gran trecho de montaña y de llanura,
Mas no alcanzó á Guarino, ni á María.
A voces los llamó, mas á sus voces
Respondieron no mas ecos lejanos,
Cuyos sonos livianos
Se llevaron las ráfagas veloces.
A su gente llamó desesperado,
Corrió el pueblo exhalado :
Sus siervos, sus vasallos, sus amigos
Por dó quiera los montes recorrieron :
En lo espeso del monte se metieron,
Pero en vano en los montes se cansaron :
¡Ay! con el rastro de ninguno dieron.
Presa el conde de amargo sentimiento
Y de fiebre ardorosa,
Cercano de su muerte vió el momento,
Y á manos de su horrenda desventura
Lleváronle á su corte populosa,
Su enfermedad rayando en la locura.
Y el vùlgo maldiciente
Se perdió de una en otra conjetura,
Haciendo cada uno mas oscura
La historia y la razon de este accidente,
Y cada uno á su antojo
A Dios ó á Satanás atribuyendo
La oculta causa del suceso horrendo.

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO QUINTO.

DE LA EXTRAORDINARIA ALIMAÑA QUE LOS
MONTEROS DEL CONDE DE BARCELONA CA-
ZARON EN LAS PEÑAS DE MONSERRATE.

Un día y otro día,
De pùrpura y de grana
Entre vistosos grupos
De nubes y arrebol,

Igual, indiferente
Nacer cada mañana
Para el alegre vemos
Y para el triste al sol.

Antorcha, que ilumina
La creacion entera,
En torno de ella vueltas
Infatigable da,
Mas cuanto con su lumbre
Fecunda en la postrera,
Tornándolo en estéril
En la siguiente va.

Él cubre los vallados
De flores y verdura :
Él hace escaso arroyo
Lo que ancho río fué :
Él da á los secos árboles
Fructifera espesura :
Él cria el gusanillo,
Que los corróe el pié.

Y al que hoy dejó llorando
En abandono y duelo,
Mañana encuentra alegre
Y venturoso ya :
Y al que dejó olvidado
En su placer del cielo
Mañana ve que hundido
En el dolor está.

Las unas tras los otros
Los días y las horas
Del misero Wifredo
Pasando van así :
Las últimas acaso
De calma precursoras,
Que el bien ni el mal eternos
Jamás serán aquí.

Que en la mudable tierra
Por diferentes modos
Concluye todo luego,
Varia sin cesar,
Y al cabo en nuestros males
Nos consolamos todos
De lo que ya ha pasado
Con lo que va á pasar.

Seis años se pasaron,
Y con la edad se fueron,
Si bien de sus pesares
Los torcedores no,
Los males que al sepulcro
Cercano le pusieron,
Y aun sus recuerdos casi
El tiempo adormeció.

Sí, que aunque guarda entera,
El alma de Wifredo

Y así la vida pasa
Pacífica y tranquila
En medio de su pueblo
Que idolatrando en él
Para atenuar sus penas
En su redor apila
Atenta á su consuelo
La muchedumbre fiel.

Y un día que, en sus memorias
El buen conde adormecido,
Yacía en silencio hundido
En un cómodo sillón,
Contemplando vagamente
En la inmensa chimenea
La llamarada que humeaba
Con el húmedo tizon;

Vino á distraer su oído
Hiriéndole de repente
Confuso rumor de gente
De su casa en lo interior,
Y confusion y tumulto
Y pasos y gritos,
Que se iba acercando oía
Por vecino corredor.

Dejó el sillón azorado,
Y á aquel són extraño atento,
La puerta del aposento
Abriendo, al dintel salió,
Deteniéndose asombrado
Al ver que sus corredores
Gente en tropel, con clamores
Tan sin respeto invadió.

Las damas y las payesas,
Los artesanos y arqueros,
Los nobles y los pecheros,
En revuelto peloton
Avanzaban lentamente
Por sus estancias adentro,
Fija la vista en el centro
De la inmensa reunion.

« ¿Qué es esto? exclamó Wifredo
Un paso á ellos avanzando.
¿Quién entra aquí así turbando
La quietud de mi mansion?
Hablad : ¿qué sucede ahora?
¿Hay en el puerto enemigos?
¿O es vuestra turba traidora
Una osada rebelion?

¡Vive Dios! ea, esplicaos. »
A cuyas voces airadas
Quedaron paralizadas
Las voces, quietos los piés.

Las lúgubres memorias
De su pasado mal,
No vienen como un día
Ministros de ira y miedo
A perturbar sus sueños
En círculo infernal.

No lloran ya sus ojos
Con lágrimas ardientes,
Que abrasan sus mejillas,
La prenda que perdió :
Cesaron sus estremos
Esfuerzos impotentes
En pos de lo que airado
Su Dios le arrebató.

Profunda, aunque templada,
Tenaz melancolía
Le prensa el amoroso
Paterno corazón :
Mas grata si mas triste
Le aduerme cada día,
Memoria, no esperanza,
Recuerdo, no ilusión.

Y así la vida pasa
Pacífica y tranquila
En medio de su pueblo
Que, idolatrando en él,
A distraer sus penas
En derredor apila
Atenta á su consuelo
Su muchedumbre fiel.

Y en vítores y aplausos,
En danzas y cantares
Los senos del palacio
Llenando sin cesar,
De su señor ahuyentan
Los íntimos pesares,
Que solo puede el tiempo
Rodando consolar.

Con corazón sencillo
Leales los pecheros
Sus brazos y sus tierras
Le vienen á ofrecer :
Y estrañas fieras y aves
Le cazan sus monteros
Que de lejanas tierras
Le vienen á traer.

De su señor amigos
Los graves cortesanos
Ancianos peregrinos
Le salen á buscar,
Que el ocio y el fastidio
Del corazón tiranos
Con mágicas leyendas
Le vengán á ahuyentar.

Y el conde, viendo que nadie
Contestaba, de un montero
Asiendo que iba el primero,
Le dijo: « Explicáte pues. »

« Señor, dijo este turbado.
La rodilla hincando en tierra:
No es movimiento de guerra
Lo que veis, no es rebelion:
Es que en Monserrat cazamos
Tres días há una alimaña,
Que creimos por lo estraña
Digna de vuestra atencion.

Miradla. » Y así diciendo,
La multitud dividiendo,
Ante las ojos del conde
La alimaña presentó.
Y en redor de ella y Wifredo
Círculo estenso formando,
La alimaña contemplando
La muchedumbre quedó.

Jamás miraron sus ojos
Una bestia mas estraña,
Ni en los ámbitos de España
La halló hombre alguno jamás:
Ni de su forma recuerdo
Guardó nadie en su memoria,
Ni de ella en escrita historia
Habló algun sábio quizás.

Era del jerbo y del mono
Término, ó compuesto acaso.
Del jerbo tenia el paso,
Del mono la formacion.
La mirada melancólica
Su interior pena exprimía,
Y sus miembros encubría
Largo y espeso vellon.

Ni mostraba á los amagos
Ruda y salvage fiereza,
Ni á los hombres estrañeza
Ni á las caricias placer.
Mas de pavor con estremos
Constantemente esquivaba
Su mano, si la llegaba
A halagarle una muger.

Absorto miraba el conde
Aquel sér desconocido
Dentro la jaula encogido
Insensible al parecer;
Y por mas que le miraba
Y por mas que discurría,
La raza desconocía
Mas de que pudo nacer.

Mando luego á sus monteros
Que en su salon le pusieran
Y allí libertad le dieran
Para ver su condicion:
Pero la bestia su jaula
No abandonó un solo instante,
Permaneciendo constante
En la misma posicion.

CAPITULO SESTO.

DE LA ESTRAÑA METAMÓRFORSIS DEL ENJAULADO
MÓNSTRUO.

Y fué por la ciudad de boca en boca
La relacion cundiendo
De aquel mónstruo cazado en una roca,
Y así se fué estendiendo
Por Cataluña entera,
Relato estraño haciendo,
Quitando y añadiendo
Del caso cada cual á su manera.
Y de todo el condado
Por ver el mónstruo á la ciudad venia
El pueblo apresurado;
Y el conde permitía
Que el palacio invadiera,
Y el mónstruo contemplara,
Y su curiosidad satisficiera.
Llegaba, le veía,
Se admiraba en silencio
El vulgo: se salía
Y á su hogar se volvía
O aborto, ó satisfecho,
Y contaba despues á sus vecinos
Lo que en la capital habia hecho,
Jurando que era el mónstruo
De los mas peregrinos.
El buen conde entre tanto
Conservaba al tal mónstruo en su aposento,
Y á su tranquila condicion atento,
La jaula noche y dia
Abierta le tenia:
Pero jamás el mónstruo la dejaba,
Aunque claro Wifredo conocía
Que cuando él de su cuarto se ausentaba,
De su jaula salía,
Y por el cuarto en derredor andaba.
Consideraba el conde
Cada vez con mas duda y estrañeza
Su incógnita para él naturaleza.
Su forma casi humana,
Su sobriedad estrema y mansedumbre.
La adquirida costumbre
De estar al parecer de buena gana
En su jaula metido
Y acurrucado siempre y encogido:
Su inteligencia rara

Y la espresion de su velluda cara;
Sus manos y sus piés á los del hombre
Semejantes, traian confundido
Al conde, que de él sér desconocido
No podía marcar raza ni nombre.
Ni caricias y halagos,
Ni castigos y amagos
Pudieron arrancar de su garganta
Ni en su esterior marcaron
Un gesto de amenaza ni un gemido.
Los criados tal vez le maltrataron,
Y los perros de caza
Que alguna vez á donde estaba entraron
Con ademan furioso
A la jaula llegaron.
El empero, ni hostil, ni temeroso
Se mostró: indiferente
Sufria y silencioso
Tranquila y mansamente.
Poco á poco esta calma
Y estraordinaria abnegacion hicieron
De Wifredo en el alma
Incomprensible sensacion, y al cabo
De curiosa estrañeza
Pasó á ser compasion; hizola luego
Costumbre la continua compañía,
Y al cabo la costumbre
Pasó á ser aficion, luego cariño;
Y vino al fin un dia,
En que el conde pensó con pesadumbre
Que apartarse tal vez fuerza seria.
La monstuosa alimaña
Por su parte tambien mostraba al conde
Una aficion estraña.
Sumisa á sus antojos,
Admitia contenta sus caricias,
Y á veces notó el conde
Lágrimas desprendidas de sus ojos.
Mostraba claramente su alegría
Cuando el conde hácia ella se llegaba,
Y tristeza en sus ojos se veía
Si de ella se apartaba;
Y cuando el conde hablaba
Como si le entendiera le atendia.
Mil veces la memoria
De la hija que perdió tan tristemente
Le asaltaba la mente;
Y el amoroso corazon transido
Con el pesar de tan amarga historia
Ponia al conde mustio y abatido,
Y lloraba á sus solas tristemente.
Contemplábale el mónstruo de hito en hito
Y lloraba tambien, y su semblante
Mustio bañaba en espresion doliente.
Muchas veces delante
De sus nobles amigos
De su desdicha y su dolor testigos
Recordaba aquella hija malhadada,

Encanto de su vida,
Por él tan ciegamente idolatrada
Y á su paterno corazon perdida.
El mónstruo entonces trémulo, encogido
En medrosa postura
Y en el hueco mas lóbrego escondido
De su jaula, mostraba una amargura
Que natural hubiera parecido
En otro sér que comprender pudiera
Del paterno dolor la causa entera.
Y en aquellos momentos,
Su dolor espresando
Con sonos guturales
Semejaban su voz y sus lamentos
Ayes de una persona que llorando,
Las palabras ahogando
Exhalara suspiros, naturales
En quien está su angustia sofocando.
Esta rara tristeza,
Que afinidad secreta y misteriosa
Con la tristeza paternal tenia
Entre el conde y el mónstruo, fácil cosa
De entender es, que entre ambos
Vino al fin á doblar la simpatía.
Y acostumbrado el conde
De la sumisa fiera
A la salvage sociedad, tenia
Entre los animales destinados
A su servicio ó diversion el puesto
É importancia primera.
Y por temor que alguno la ofendiera
Los lebreles estaban atraillados,
Los neblies y halcones enjaulados:
Y de aquesta manera,
Su casa y su condado manteniendo
En paz con sus cuidados,
Iban días y meses trascurriendo.

Una mañana fresca y luminosa
Del florecido mayo
En que el sol de su luz en cada rayo
Un hilo vibra de color de rosa,
Y el trecho que su luz abarca y ciñe
De este color purisimo se tiñe,
En una galería
Que da al jardin de su palacio, y tiene
Para él una escalera, y comunica
Del conde con el gótico aposento
En un hondo sillón arrellanado,
El buen conde Wifredo
Goza el ambiente puro y perfumado,
Tranquila el alma y el semblante ledo.
Las hojas de los árboles frutales
Orean susurrando los botones
Dó las flores tempranas
Señalan el lugar en que mas tarde
Brotarán odoríferas manzanas,

Rojas cerezas y ácidos limones;
Y al manso soplo de la errante brisa
Tomando movimiento
Sobre los tallos las abiertas flores,
Embalsaman el aura, y el aliento
Que Wifredo respira
Se inunda en salutíferos olores.
Los nuevos ruiseñores,
Generacion de aquella primavera,
Sus alas y sus picos ensayando
Le regalan la vista y el oído,
Timido vuelo alzando
En el rededor del nido,
Y en la garganta armónica probando
El canto no aprendido.
Las leves mariposas
Sus alas de colores
Estremecen vagando entre las flores;
Y las pardas abejas codiciosas
El nectar de sus cálices libando
Vuelan en torno de ellas susurrando.
Mil insectos distintos,
Mil diversos reptiles
Conforme cada cual á sus instintos
Llenan auras y céspedes á miles:
Y el agua que se escapa
Del estanque horadado
En transparentes hilos
Y en gotas cristalinas
Los piés fecunda de frondosos tilos,
Lilas blancas y rosas purpurinas
Que orlando los linderos
De los anchos senderos
Y en cauces desiguales
Con las fuentes vecinas
Van á mezclar sus líquidos cristales.
Y á esta del mundo incógnita armonía
Y vida universal y movimiento
El conde en el sillón en que yacía
Allá en su puro corazón sentía
Nueva vida bullir y nuevo aliento.
Y en dulces esperanzas divertido,
Del porvenir oscuro en las regiones,
Tenía el pensamiento entretenido
En pos de mil quiméricas visiones;
É iba de ellas en pos tan abstraído
Que ni aun sintió á sus pages,
Que llegando uno á uno
Su servicio á ofrecerle, uno tras otro
En silencio quedaron,
Y á distraerle sin osar ninguno
Detrás de su sillón se colocaron.
Sus miradas tendían
La dirección buscando
Que las miradas del señor seguían,
Y en las ramas y flores se perdían,
Objeto allí de admiración no hallando.
¡Ay triste del que necio sus miradas

Por un jardín en primavera estiende,
Y que sea á otros ojos
De admiración objeto no comprende!
En tal instante, el conde rodeado
De sus callados pages, y tendido
Sobre su ancho sillón: junto á la puerta
Del corredor traído
El monstruo acurrucado
En su jaula entreabierto,
Apareció por el jardín viniendo
A su señor la joven jardinera,
Un ramo hermoso á su señor trayendo
De las primeras flores
Que hizo dar al jardín la primavera.
En casilla apartada
Y en una punta del jardín alzada
A aquella jardinera daba el conde
Con su esposo morada.
Rústico el jardinero inteligente
Cultivaba el jardín, eternamente
Asido de la azada,
Del hacha y de la corva podadera,
Dejando á su muger mas despejada
De los demás negocios encargada.
Ella pues, aunque pobre y campesina
Cuando moza soltera,
Dulcificó sus rústicos modales,
Y era lo cortesana
Que pudo ser jamás una villana.
Agradecida á su señor, y atenta
A mantenerse de él siempre en la gracia,
Su obligación tenía en mucha cuenta.
Y los primeros frutos
Y las primeras flores
A su señor venían en tributos,
Ya en primorosos ramos y hacedillos,
Ya en pintados y frescos canastillos;
Y en dulce paz y en íntima armonía
Esta pareja así feliz vivía,
Y á sombra del palacio
Ornaba mas y mas y enriquecía
Del jardín el espacio,
Donde á par de las plantas de cultivo
Su rubia prole sin afán crecía
En sus dos revoltosos muchachuelos
De su madre á la par retrato vivo.
De ellos con uno en brazos,
Que apenas meses seis aun no cumplía,
La jardinera al corredor subía,
Tendiendo él sus rosadas manecitas
A las flores del grueso ramillete,
Y ella sonriendo
«Miralas qué bonitas»
Junto al rostro al ponérselas diciendo.
Contemplábala el conde complacido
Llegar á él con el infante en brazos,
Y el ramo de sus manos admitido,
Tendió los suyos al hermoso niño

Con expresión de cándido cariño.
Mas el alegre infante,
Sin fijar en el conde su mirada,
Tornó atento el semblante
A la fiera en su jaula acurrucada.
Dormía el monstruo al parecer, sumido
En su quietud estúpida,
Y el niño le miraba distraído
Sin que de la afanosa jardinera
Ni del risueño conde á los halagos
El parvulillo su atención volviera.
A la tenacidad de esta mirada
En el monstruo clavada,
La suya al par siguiéndola tendieron
Cuántos en torno había
A la fiera enjaulada.
Ya el monstruo no dormía:
Como si la mirada del infante
En la suya inflamara oculto fuego,
Sus ojos abrió luego,
Y en los del niño los clavó anhelante,
Permaneciendo inmóviles sus pupilas
Cual si ante el niño se sintiera ciego.
Entre ambos atracción tan misteriosa
Llamando al punto la atención entera
Del conde y de los suyos, en silencio
Aguardaban el fin á que vendría
Esta atracción del niño y de la fiera.
Mas á pocos momentos
De estar el uno sobre el otro fijo
Contemplándose atentos,
¡Cuánto el asombro universal sería
Oyendo al niño, mudo todavía,
Que con sonora voz al monstruo dijo:
«Levántate, Guarino: harto te abona
«En el juicio de Dios y tu conciencia
«Tu larga penitencia.
«Vuelve pues á tu sér: Dios te perdona.»
Y el monstruo su prisión abandonando
Y su salvaje estupidez perdiendo,
La antigua humana forma recobrando,
Se arrojó, á los cielos estendiendo
Los brazos penitentes,
La omnipotencia del Señor mostrando
A la faz de las gentes;
Y asombrados dejando
A cuantos hubo en la ocasión presentes
La estraña metamorfosis mirando.
Luego á los piés del conde
Postrado humildemente:
«Herid, señor, decia;
La justicia de Dios omnipotente
Quiere sin duda que la culpa mia
Espie á vuestros piés: hollad mi frente.»
Y el buen conde, que apenas comprendía,
Lo que decir quería,
Respetuosamente
La mano le tendía

Diciendo: «Levantad, que en quien Dios obra
Prodigio semejante
Cualquiera humillación será de sobra
De otro mortal delante.»
Mas viendo que obstinado
Permanecía ante sus piés de hinojos
Llanto vertiendo de sus tristes ojos,
Mandó que todo el mundo despejara:
Y cuando todos estuvieron fuera
Diálogo en soledad y cara á cara
Se entabló entre los dos de esta manera:
.....
.....
.....
Mas lo que dijo al conde el penitente
Relatará el capítulo siguiente.

CAPÍTULO SÉTIMO.

EL CONDE.—GUARINO.

El Conde. Quien quiera que seais, vos
en quien tales
Prodigios obra omnipotente Dios,
Alzaos, y este que alcanzar no puedo
Esplicadme.
Guarino. Pues bien, oid, señor.
Teniais una hija hermosa y pura,
Fruto gentil de vuestro casto amor,
Fragante flor que embalsamaba el vaso
De vuestro amante y noble corazón.
Un rayo que en la atmósfera nublada
El infernal espíritu inflamó
En sus ojos ahogó la luz del día:
Y en nombre del altísimo Hacedor
Con esperanza de milagro fácil
Un monge en Monserrate os señaló,
Por cuyas oraciones vuestra hija
Tornó á ver y gozar la luz del sol.
De fundar un suntuoso monasterio
Con piadosa y rectísima intención
Del ermitaño á cargo vuestra hija
En la fragosa soledad quedó.
¡Mas ay! en vano en el siguiente día
Buscá la allí vuestro paterno amor,
Ni ella ni el eremita en sitio alguno
Fueron de nadie vistos hasta hoy.
El Conde. ¡Mas á qué renovar en mi
memoria
El manantial oculto de dolor,
Que las corrientes hasta entonces puras
Del mar de mi existencia envenenó?
Guarino. ¡Ay de mí! vuestra historia
con la mía
Mantiene tan estrecha relación,
Que para hablaros de mí mismo, fuerza
Ha sido que os hablara antes de vos.
Aquel santo eremita que los ojos
De María á la luz á abrir volvió,

Cual golondrina errante que los mares
Cruza estraviada, y la cansada pluma
Agita conociendo los lugares
Donde á anidar acostumbrada está;

Cual cierva que en la fuerza del estío
Sedienta vaga por el bosque espeso,
Y el agua oyendo del cercano río
Hacia él se lanza cuando el agua ve:
Así impaciente el padre de María
En las alas de una última esperanza
Partir á Monserrate apetecía
Con paternal y religiosa fé.

« De entre las yermas rocas se levante
Su despojo mortal, y en sitio digno
Salmos la iglesia á su memoria cante,
Y ore por su alma al compasivo Dios.
Bajo las anchas bóvedas del templo
Sus funerales misticos resuenen,
Y las campanas su recinto atruenen
Y álcese al cielo mi oracion en pos. »

Así decía el piadoso conde
Transido de dolor,
Con tamaños intentos emprendiendo
Su peregrinacion.

Y del florido abril una mañana
Al despuntar el sol
Con Guarino y escasa comitiva
De la ciudad salió.

Unos pocos ginetes enlutados
Seguíanle en monotonía,
Y unos cuantos obreros que la tierra
A cavar destinó.

Un monge, que al hallar el cuerpo, su alma
Encomendara á Dios,
Iba al par en silencio en medio de ellos
Envuelto en su ropón.

La multitud encima de los muros
En silencio á mirarlos se agolpó,
Rogando ansiosos por el triste padre
Y por su hija al Señor.

Así de Monserrate enderezaron
Al áspero fragor,
Y en la distancia del camino largo
La triste comitiva se sumió.

Un punto aun desde los altos muros
Como leve vapor,
El polvo de sus piés se percibía,
Pero también al fin se disipó.

A Monserrate van. ¿Pero quién sabe
Lo que les guarda en su honda soledad
El que posee del corazón la llave,
El que puede medir la eternidad?
Sí: Dios es Dios; y Dios tan solo puede
Romper el velo á la futura edad;
Solo á sus ojos el destino cede;
Dios es la luz, la fuerza y la verdad.

Rayaba en el oriente
La claridad temprana
Del alba trasparente
De la fresca mañana
Del día á aquel siguiente,
Cuando el conde á la falda de las rocas
De Monserrat llegaba con su gente.
El penitente Juan sus pasos guía,
Humillado al recuerdo vergonzoso
Del delito que allí cometió un día,
Y como iban subiendo,
Al conde el monge se acercó diciendo:
« Señor, desde este cerro, que testigo
Fué en día mas dichoso
De la piedad de Dios para conmigo,
De mi crimen despues y mi castigo,
Solos ambos quisiera
Que subiendo siguiéramos
Y solos cabo á nuestra empresa diéramos.
Entre estas cavidades
Penitente primero y luego fiero,
Escándalo de aquestas soledades
Largos años vivi, y la edad futura
Pluguiérame que nunca conociera
El sitio de mi horrenda desventura.
Resto de orgullo humano,
Que el mortal corazón misero encierra
Sea tal vez, mas me dará tormento
Saber que se hace público en la tierra
Mi culpa, mi castigo y mi aislamiento.
Temo la tentación del diablo astuto
Y sé por experiencia
El trecho que marcó la omnipotencia
Del racional al bruto. »
Wifredo, su caballo deteniendo
Y al monge con respeto contemplando,
Así le dijo con acento blando:
« Sea como quereis; vos que ante el trono
De Dios sois perdonado,
No habeis de ser por mí mas castigado,
Ni pasara de aquí con vos mi encono.
Secreto es vuestra historia
Que de mi labio no saldrá, escondida
Viviendo eternamente en mi memoria.
Diré que el cielo, de mi triste vida
Tal vez compadecido,
A mí os ha conducido
Para templar del alma la amargura,

El lugar escondido
Mostrándome en que está su sepultura.
Pues si por vuestro crimen inaudito
Debiérais ser de mi venganza objeto,
Por la mano de Dios estais bendito
Y lo sois para mí de honra y respeto.
Guiad y solos vamos,
Solos su sepultura cavaremos,
Y si algo de sus restos encontramos
Hasta aquí á conducirlos bastaremos. »
Y así diciendo el conde y al instante
Mandando detener allí la gente,
Solo siguió adelante
En pos del milagroso penitente,
Y ambos entre las breñas se metieron
Y los ojos de todos se perdieron.
Serenos estaba el día;
El sol que por los cielos avanzaba
Con purpurada luz resplandecía
Y la tierra en sus luces se bañaba
Y todo por la tierra sonreía.
El tomillo oloroso,
La madre selva espesa,
La ancha amapola en su capullo aun presa,
El silvestre jacinto
Que á la margen sonora
Crece del arroyuelo
Y en su fresco color apenas tinto,
El áspero majuelo,
La todavía verde zarzamora
Y el enredado endrino,
Compañero del boj y del espino,
El retorcido enebro y la retama
Que en medio crecen de la amarga grama,
Aromaban los valles silenciosos,
Y prestaban colores y verdura
A los lomos fragosos
De aquellos montes, cuyas hondas grietas
En las piedras escuetas
Labra el agua que cae desde la altura.
La tierra por dó quier juvenecida,
Por el sol fecundada,
De nueva y creadora primavera
Se tornaba á mostrar con nueva vida
Y con nuevo vigor robustecida,
Con verdura mayor engalanada.
Nueva generacion de mariposas
Y de varios insectos zumbadores
Ensayaban su vuelo en las hojosas
Matas espesas de silvestres flores.
Los blancos conejuelos,
Los alegres y libres cervatillos,
De su fuerza primera
Iban ya haciendo alarde en la carrera;
Triscando entre las zarzas y majuelos,
Despuntando la grama y los tomillos
Y horadando las faldas arenosas
De los secos y blandos imontecillos,

Al instinto cediendo que se encierra
En su naturaleza montesina
De socavar la tierra.
En la enramada verde
Que, á una fuente vecina
Que entre las peñas al brotar se pierde,
Toma jugo en la linfa cristalina,
La nueva cria de ligeras aves
Silba, gorgoea y trina;
Y el ronco cuervo, que con vuelo lento
Se cierne mansamente sobre el viento,
Grazna con notas ásperas y graves
La estacion de las flores
Presintiendo contento.
Naturaleza entera
Brillante resplandece
Ufana por dó quiera
Anunciando la hermosa primavera;
Y, todo en ella juventud y vida,
Todo en ella armonia, luz y aroma
Solo al placer convida.
Y desde la ancha y verde y fresca loma
Donde está detenida
La comitiva de Wifredo entera,
Por la vega estendida
Y escarpada montaña
Goza la perspectiva placentera
Que desde allí se alcanza embebecida.
En tanto su señor va lentamente
Por las peñas trepando
Detrás del silencioso penitente,
Que por la soledad le va guiando,
El sitio en que pecó triste buscando.
La luz y la alegría
De la naturaleza
De ambos se aviene mal con la tristeza
Y la razon que allí les conducía;
Y sumido en sus propios pensamientos
Marchaba cada cual á pasos lentos.
Sube el monge la diestra asegurada
En nudoso baston con que se ayuda,
Y cruza el conde la hojarasca ruda,
Báculo haciendo de su larga espada.
Así por senda que tortuosa lleva
De un aislado peñasco hasta la cima,
Llegaron al lugar en que su cueva
Labró Guarino, y cuyo centro estima
En mas que los palacios colosales
Que labraron del mundo los señores,
Y que vienen á ser tan solamente
Los nichos y las cifras sepulcrales
Que sus nombres mortales
Guardan un día mas entre la gente.
Entre los huecos cascós
De los hendidos lomos
De dos duros peñascos
Que las lluvias hendieron,
De intencion de mirarlos con asomos,

Una grieta se abría,
 Que caverna de fieras parecía.
 Un pico del peñón algo avanzado
 Sobre su ancha abertura,
 Del viento y de la lluvia resguardado
 Un trozo de terreno mantenía,
 Que de tupido césped aliombrado
 De la gruta á la entrada se veía.
 Y de la estéril roca
 Por estrecha hendidura
 Bajaba de la cueva hasta la boca
 Un rico manantial de agua tan pura,
 Que, á través de sus líquidos cristales,
 De la piedra en que cáuce se formaba
 Se contaban las vetas transversales,
 Que el paso de la linfa había ido
 Puliendo en su caída, de manera
 Que en vez de piedra tosca se dijera
 Que en la concha mejor se había bruñido.
 La sonora corriente
 De esta escondida fuente,
 Hollando entre los céspedes descanso
 En el llano terreno
 Que estaba de ellos lleno,
 Formó entre aquellas yerbas un remanso;
 Y entre ellas á su curso abriendo calle,
 Dejando aquel lugar verde y fecundo,
 Iba á perderse en la mitad de un valle
 De los montes formado en el profundo.
 De este remanso el centro
 Formaba un montecillo
 Por el agua cercado,
 Seco, verde y aislado
 Por aquel manantial fecundizado,
 Que, de las altas rocas guarnecido,
 Cubierto por el pico adelantado
 Sobre la cueva oscura,
 Por la fuente regado
 Y en la pendiente rauda concluido,
 Era un bello paisaje en miniatura.
 Y de aquel montecillo en el altura
 Cubierta de verdura,
 Fresca, olorosa, amena,
 Brotaba una purísima azucena,
 La cual, aunque era flor sola y silvestre,
 Mas que en jardín cuidado
 Brillaba hermosa en su rincón campestre
 Que estaba con su aroma perfumado.
 Sus blancas hojas á la luz tendidas,
 Su simiente encerrada en los martillos
 Que de su centro alzan amarillos,
 Su tallo verde, fresco, alto, flexible,
 Mecido por el aura que perdida
 A aquel rincón llegaba imperceptible,
 Dándola oculto movimiento y vida,
 Hacían de la cándida azucena
 Un animado sér, solo habitante,
 Solo genio y señor de aquella escena.

Al llegar de la gruta ante la boca,
 En que aquella hendidura
 Escondida en la roca
 Guardaba de este sitio la hermosura,
 Y dó la entrada de la cueva toca,
 Postróse de rodillas Juan Guarino;
 Y absorto el noble conde,
 Viendo el primor que escondido
 Aquel sitio desierto y campesino,
 Se detuvo un momento
 Embebido en gozar el suave aroma
 De la flor de aquel grato apartamiento.
 « Hé aquí (esclamó Guarino, derramando
 Lágrimas) el lugar en que escondido
 Mi delito lloré, sobre la tierra
 Dó fué mi doble crimen cometido.
 Hé aquí, señor, la tumba en que reposa
 La hija de que os privé: bajo la altura
 De ese montón de tierra y de verdura
 Duermen los restos de la mas hermosa
 E inocente criatura:
 Y esa blanca azucena
 Tal vez del jugo de su sangre pura
 El jugo bebe que su caliz llena.
 Cuando en fiera tornado, á esta montaña
 Me volví desde Roma peregrino
 A cumplir penitente mi destino,
 Había aquí brotado
 El manantial bullente y cristalino
 Que tenía cercado
 El lugar á su tumba señalado.
 La azucena sobre el ya abierta estaba,
 Y cual lugar sagrado
 Que el Señor me vedaba
 Por mi en mi penitencia respetado
 Fué, y con mi llanto de dolor regado.
 Yo he visto en esa flor siempre inmarchita
 Una futura prenda de esperanza
 Por el cielo bendita:
 Y en esa flor á quien jamás alcanza
 El fin que á todas dió naturaleza,
 De la muger á mi maldad rendida
 El simbolo miré de la pureza,
 Atropellada sí, mas no perdida.
 Unico amor del triste solitario,
 Su única compañía en el desierto,
 Unica luz del tenebroso osario
 Del mundo para el cual vivía muerto
 Unico paso á mi esperanza abierto,
 Mi corazón en ella ha concentrado
 Cuanta fé y cuanto amor ha conservado.
 Unica prenda que me liga al mundo,
 Solo recuerdo de la edad pasada,
 Tras del amor á Dios es el segundo
 En mi alma con mis lágrimas lavada
 El amor á esa flor immaculada.
 Yo creo ver en ella
 Vivir á la hija que llorais: yo creo

Que su alma pura y bella
 Vive dentro del caiz conservada;
 Y entre sus hojas su semblante veo;
 Y oigo sonar su voz cuando se mece
 Entre sus blancas hojas,
 Y si el tiempo á mis ojos la agostara,
 Tanto cuanto lloré por el pecado
 Que dentro de esa tumba la encerrara
 Sobre el tallo truncado
 De esa azucena mística llorara.»
 Y así diciendo, el infeliz Guarino,
 Por tierra prosternado,
 De aquel último bien se despedía
 Tanto tiempo por el idolatrado,
 La sepultura en que raíz tenía
 A destruir él mismo preparado.
 Y el conde embebecido
 En lo que al labio de Guarino oía,
 En pié junto á él seguía
 Inmóvil, silencioso y distraído.

Wifredo de repente,
 De esta meditacion saliendo, dijo
 Con decidida voz al penitente:
 « No perdamos, hermano,
 El tiempo neciamente;
 Esa tumba cavemos
 Y apartemos de aquí su resto humano.»
 Y obediente Guarino,
 Resignado con calma á su destino,
 Con la azada en la mano
 Resuelto se llegó á la verde altura
 Dó la hermosa azucena
 Marcaba la campestre sepultura.
 Y Wifredo á su vez, la aguda pena
 Del corazón paterno
 Desahogando en dos lágrimas espesas,
 Gotas que lanza al manantial interno
 Que inestinguible en sus entrañas mana,
 De otro azadon asiendo, se dispuso
 Lo que resta á buscar de lo que un día
 Fué de sus ojos luz, fué su María.
 Con el secreto intento
 De que aquella azucena perfumada
 Quedará, á ser posible, respetada
 En el lugar en donde tiene asiento,
 Por el opuesto lado comenzaron
 Del fúnebre montón dó está arraigada;
 Mas apenas hundieron
 En tierra el azadon, de ver echaron
 Que el verde montecillo que creyeron
 Tierra compacta y dura
 Blanda y recientemente removida
 Estaba, y seca y leve mantenida
 Entre el agua, y debajo la verdura
 Que la tienen cubierta y circuida:

Y cuanto con mas tiento la tocaban,
 Mas fácilmente por entrambos lados
 Sus golpes á la par desmoronaban
 La tierra, y los arbustos que arraigados
 En ella vegetaban.
 Lejos de sí los instrumentos rudos
 Arrojaron, y á impulso de un instinto
 Igual, hundieron en la blanda tierra,
 Y á apartarla empezaron cuidadosos
 Con sus dedos desnudos.
 Pronto dieron sus manos
 Con un oculto objeto
 De la tierra distinto:
 Mas, suave al tacto, con calor, con vida,
 No era el objeto oculto el esqueleto
 De enterrada muger, á quien los años
 Y la tierra tendrían consumida.
 El secreto terror y afán interno
 Heló la voz en su garganta, y ambos,
 Apartando en silencio el polvo leve,
 Descubrieron, y entrambos asombrados,
 Dos piés, que como el ampo de la nieve
 Mantenía la tierra conservados.
 Un ligero color rosado y puro
 Bajo su piel se percibía apenas
 Y á través de la piel el trazo oscuro
 Se vía de sus venas,
 Cual si la vida aun de sangre líquida
 Las mantuviera llenas.
 De aquellos piés purísimos la planta
 Verticalmente inmóvil,
 Que siempre en los cadáveres espanta,
 Lejos de dar horror, á la mirada
 Solamente esponía
 La perfección, pureza y hermosura
 De una obra de escultura
 Diestramente pulida y acabada.
 El grato anhelo, la interior zozobra
 Que ambos á dos sintieron,
 Seguir les hizo la empezada obra;
 Y apartando los céspedes y tierra,
 En silencio siguieron
 Hasta que el tronco entero descubrieron.
 Que envuelto en sus vestidos
 Apenas por el agua humedecidos,
 Y apenas arrugados
 Por la tierra en que estaban enterrados,
 Envolvían el cuerpo de María,
 Que dormida y no muerta parecía.
 Escondida no mas de su belleza
 Quedaba la bellísima cabeza
 Y la garganta blanca,
 Donde una herida fresca se descubre
 Desde la cual arranca
 La raíz de la cándida azucena,
 Que sobre el sitio en que descansa brota:
 Y que fuerza será cuando el semblante
 Descubran, que la flor se arranque rota.

Comprendiéndolo al par ambos, á un tiempo
 Las manos detuvieron,
 Y arrasados en lágrimas los ojos
 Ante aquellos para ambos
 Sagrados y bellísimos despojos,
 Gran trecho sin acción se mantuvieron.
 Mas el conde por fin, de irresistible
 Voluntad impelido,
 Con un postrer esfuerzo despejando
 El rostro aun escondido
 De su Maria hermosa,
 Vió de la virgen la figura entera
 Cuyo labio animaba
 Dulcísima sonrisa placentera :
 Cuya tez inmarchita coloraba
 Animado color de nieve y rosa,
 Y en cuyos tenues párpados cerrados
 Transparente se via
 La pura luz que á su través lucía
 En sus ojos, aun iluminados,
 Con la lumbre vital que dentro ardia.
 Mas en tanto la flor fragante y pura
 Que sobre ella crecía,
 Y de la muerta virgen en el cuello
 Sus raíces asia,
 Por el suelo truncada
 Por entre el césped húmedo yacia,
 Roto su tallo pero no manchada.
 Tendió el conde sus manos
 A la prenda de su alma idolatrada,
 Y á la caída flor el penitente,
 Cuando esta de repente,
 Por invisible mano arrebatada,
 Se perdió en el azul del manso ambiente,
 Y la pura region del vago viento
 Armonizó una música divina
 Que venia del alto firmamento
 Detrás brotando de su azul cortina.
 El celestial compás de aquella santa
 Misteriosa armonía, llamó al cielo
 La atención de Wifredo y de Guarino;
 Y al ver el cuadro mágico y divino
 Que les mostró su descornado velo,
 Se borró de Maria en la garganta
 La señal de su herida;
 Y á ver la aparición en luz radiante

Que en medio de los aires suspendida
 De su vista mortal está delante,
 Tornó á su corazón la dulce vida.

Por el sol coronada,
 De las estrellas fúlgidas vestida,
 De la luna calzada,
 Y de ángeles en hombros conducida,
 La Madre del Cordero inmaculada
 Sonreía á los tres, que arrodillados
 Y absortos contemplaban
 La divina vision embelesados.
 La Purísima Madre del Dios niño
 En sus manos mas blancas que el armiño
 La azucena silvestre mantenía,
 Y con celeste acento
 Que empapó la montaña en armonía
 De són mas apacible, grato y lento
 Que el murmullo del bosque, el mar y el
 viento,

Con sonrisa hechicera
 Dijo, vuelta á los tres de esta manera :
 « Donde no hay voluntad tampoco crimen;
 « Ilesa pues la virginal pureza
 « Maria conservó, y en la aspereza
 « De los montes siete años penitentes
 « De otro castigo al matador redimen
 « En los juicios de Dios omnipotentes.
 « En medio de estas peñas se levante
 « Sombrio monasterio,
 « Que del Señor las maravillas cante :
 « Otra vez á arraigar esa azucena
 « Vuelva en las rocas de perfume llena,
 « Prenda y señal de celestial misterio :
 « Y cuando en el sepulcro preparado
 « Vuestro despojo corporal se suma,
 « Sobre el sepulcro de los tres cerrado
 « La azucena silvestre se consuma. »

Espiró de la Virgen el acento :
 Y, cesando la célica armonía,
 La mística vision deshizo el viento.
 Volvió á brotar la flor, y á un tiempo ante ella
 Cayeron bendiciendo su destino,
 El noble conde, la feliz doncella,
 Y el santo penitente Juan Guarino.

EL DESAFIO DEL DIABLO,

LEYENDA TRADICIONAL.

INTRODUCCION.

Nació Doña Beatriz
 Para monja destinada:
 Mas salió al mundo inclinada
 Y no fué elección feliz.

Con demasiado devoto
 Corazón, en su preñez
 Hizo su madre tal vez
 Tan desatinado voto.

Porque fué tal el tormento
 Que antes de nacer la dió
 Beatriz, que se temió
 Por ella y con fundamento;

Y ella, á impulsos del fatal
 Dolor, á Dios hizo ofrenda
 De aquella azarosa prenda
 De la dicha maternal.

¿ Mas porqué á Dios ofrecer
 Lo que otro ha de cumplir?
 ¿ Quién puede necio! decir
 Lo que otro ha de querer?

Ello es una aberración :
 Mas ello es cierto también
 Que de estas cosas se ven,
 Y así muchas madres son.

En vez de ofrecer por sí,
 En mal de que bien salieron,
 Por sus hijos ofrecieron.
 ¡ Tantos malos hay así !

Pero ¡ oh lector ! felizmente
 En los tiempos que alcanzam
 De estos sucesos no hallamos
 Ejemplos tan comunmente.

Aunque tú te acordarás,
 Por vano que hayas el seso,
 Que pasaban con exceso
 Diez ó doce años atrás.

¿ No era duelo ver un chico
 De seis años enredando
 Por la calle, y ya arrastrando
 Un hábito dominico?

¿ O asida á los guardapieses
 De una fresca montañesa,
 Hecha una santa Teresa
 Una chica de once meses?

Así Beatriz anduvo
 Toda su infancia : así oía
 Las razones noche y día
 Que para el hábito hubo

Y así pasaron sus bellos
 Y primeros ocho abriles,
 Entre juegos infantiles,
 Sin ver lo que iba tras ellos.

Hasta que al fin una noche
 Lujosamente ataviada
 Y de flores coronada
 La metieron en un coche.

Ella, al mirarse tan linda,
 Con errado pensamiento
 Juzga que solo el convento
 Con dicha y flores la brinda.

Y el ser monja no la pesa
 Si siempre ha de ser querida,
 Como cuando recibida
 Fué por la madre abadesa.

Quedóse en el locutorio
 Su madre, y la superiora